

PRÓLOGO

Y, a fin de investigar todo lo relativo a esta ciencia con la misma libertad de espíritu con que solemos tratar los temas matemáticos, me he esmerado en no ridiculizar, ni lamentar, ni detestar las acciones humanas, sino en entenderlas.

Spinoza, *Tratado político* (I, 4)

A pesar de haber dedicado su vida al estudio, a la docencia y a la religión, el padre Jerónimo Román de la Higuera pasó a la posteridad como uno de los mayores mentirosos de la historiografía hispánica. Sucede que, hacia finales del siglo XVI, este jesuita toledano se vio envuelto en una controversia ligada a la aparición de un conjunto de falsificaciones, conocidas posteriormente como los «falsos cronicones». Según Higuera, se trataba de una serie de anales en latín compuestos por distintos autores de la Antigüedad tardía y de la Edad Media, provenientes del lejano monasterio de Fulda (Alemania). No obstante, se sabe desde hace tiempo que estos documentos, que tenían la particularidad de echar luz sobre el pasado religioso de la península ibérica en sus años más oscuros, nacieron en realidad de su propia pluma, y que su objetivo último era reivindicar la importancia de España, y sobre todo de Toledo, dentro de la historia sagrada universal. En definitiva, lo que verdaderamente le interesaba a este escritor era demostrar, mediante supuestos testimonios antiguos y autorizados, que su ciudad natal había sido cristiana desde los albores de dicha fe, y que había sido uno de sus principales bastiones a lo largo de los siglos.

Sobre estas crónicas ha puesto la crítica gran parte de su atención, en trabajos fundamentales y de muchísimo valor para el estudio de la historiografía en el Siglo de Oro, pero que suelen dejar de lado muchos aspectos de la vida y de la obra de su verdadero autor. Este libro no

pretende negar lo perniciosas o interesadas que pudieron haber sido las mencionadas falsificaciones, frente a una reconstrucción lo más objetiva e imparcial posible de la historia peninsular, con sus límites evidentes. Sin embargo, me interesa correr el foco de la condena moral que por mucho tiempo pesó sobre Jerónimo Román de la Higuera, para comprender más en detalle las particularidades de su prolífico trabajo en distintos campos de las humanidades. Más allá de aportar mi grano de arena a la tarea de explicitar los motivos que podrían haberlo llevado a componer estas célebres supercherías, sin duda intencionadas, mediante este cambio de eje pretendo ampliar una serie de polémicas y conflictos de finales del siglo XVI y principios del XVII, utilizando como lupa una obra monumental, manuscrita y casi en su totalidad ignorada hasta nuestros días.

Bajo esta óptica, el trabajo que sigue podría definirse como «micro-histórico», al menos en lo que respecta a la atención que pone sobre la vida y la obra de un escritor marginal, y a su interés por las posibilidades que ofrece el estudio de lo particular, más allá de la biografía. En efecto, la experiencia personal puede ser un material de análisis valioso, complementario de las grandes series, los conjuntos y las regularidades, siempre y cuando este examen «microscópico» no deje de lado las relaciones que un autor mantiene con su entorno, condicionado en cada caso específico por diferentes instituciones, jerarquías e intereses, tanto en la esfera de la producción como en la de la recepción de sus textos. Si bien la lógica misma del razonamiento inductivo nos demuestra que un individuo no define una clase, ni es suficientemente representativo de ella, su obra, cotejada con la de sus contemporáneos, puede servir para ilustrar el espacio teórico y el horizonte de expectativas en el que se inscribe todo discurso, y los mecanismos internos o externos al propio ámbito discursivo que rigen su emergencia y su circulación en un momento y en un lugar determinados.

En este sentido, lo primero que me gustaría dejar en claro, y que podría parecer una obviedad, es que los trabajos de Jerónimo Román de la Higuera, aun siendo singulares, no deberían ser abordados como un caso aislado. Más allá de la pésima reputación que se ganaría con el paso del tiempo, sus estudios históricos, sus obras literarias e incluso sus falsificaciones se articulan y cobran sentido dentro de un determinado campo de producción cultural, atravesado por las relaciones de poder y las estrategias de legitimación de sus agentes. Tanto sus tratados más rigurosos como aquellos que incurren en los mayores excesos, siempre

concebidos como tales desde el punto de vista científico actual, son fruto del contexto político y sociocultural en el que se producían y de las condiciones de posibilidad que les confería el desarrollo de la historiografía y la filología en su tiempo. Su fin, como el de muchos otros textos, era validar un conjunto de creencias y tradiciones piadosas, justificando ciertos medios como la invención, la adulteración o la interpretación interesada de las fuentes, porque, a los ojos de su autor, los animaba un bien mayor: la exaltación de la fe católica y la glorificación de su patria chica.

Lo segundo que quisiera resaltar es que, además de haber sido responsable de esta serie de falsificaciones, mucho más breves que el resto de sus obras, Higuera fue un autor sumamente prolífico, que se desarrolló con una versatilidad sorprendente en disciplinas como la Historia, el estudio de las antigüedades, la genealogía y la literatura. En efecto, atravesados por el mencionado propósito religioso y patriótico, son cientos los manuscritos de su puño y letra que se conservan en distintos archivos españoles y que desde hace algún tiempo me propuse desempolvar, con el objetivo de develar la otra cara del falsario: la del erudito infatigable. Entre ellos, se pueden encontrar crónicas, historias locales de ciudades y colegios, vidas y noticias de santos, tratados genealógicos de diferentes familias, estudios filosóficos y teológicos, comentarios bíblicos, compilaciones de noticias antiguas, extractos de documentos sobre temas de lo más diversos, algunos poemas e incluso una obra dramática.

Por estas dos razones, yendo siempre de lo particular a lo general, creo que uno de los principales intereses de este libro es iluminar un conjunto de problemáticas sociales, ligadas a la cuestión del origen —nobleza, antigüedad, «limpieza de sangre», etc.—, y una serie de pugnas políticas de finales del siglo xvi y principios del xvii, a través del prisma de la vida y de la obra de uno de sus tantos escritores marginales. Además de su pasión por el pasado cristiano de la península ibérica, y a la luz de las diferentes polémicas en las que se vio inmerso, me interesa sobre todo prestar atención a la manera en que reivindicaba en sus diferentes escritos la trascendencia histórico-religiosa de su ciudad natal, o el prestigioso linaje de algunos de sus habitantes, para justificar su calidad de sede primada de España o reclamar el regreso de la corte, haciendo causa común con muchos de sus compatriotas.

En lo que respecta a la estructura de este libro, sin abandonar del todo el tradicional orden cronológico, a modo de hilo conductor, decidí dividirlo en secciones que abordan las diferentes disciplinas a las que se

consagró Jerónimo Román de la Higuera, articulando continuamente su vida y su obra. Así, en el primer capítulo, centrado en su labor como genealogista, para estudiar la cuestión de sus orígenes se analizan algunos de sus tratados acerca de su propia familia y de otros apellidos hispánicos, que no deberían ser leídos de manera cándida. En efecto, estos trabajos responden a objetivos personales y colectivos muy específicos, que exponen una serie de problemáticas sociales como la necesidad de demostrar el compromiso religioso, el origen mozárabe y gótico o la antigüedad toledana de algunos linajes.

En el segundo capítulo me centro en la actividad a la que Higuera dedicó la mayor parte de su tiempo: la docencia en diferentes colegios jesuitas. Ahora bien, su vocación pedagógica se encuadra en una serie de altercados que mantuvo con sus compañeros y superiores dentro de la Compañía de Jesús, acerca de los cuales se conservan testimonios en numerosas cartas e incluso en dos denuncias presentadas ante la Inquisición. Estos conflictos no son un detalle menor en su vida y tuvieron una enorme repercusión en el devenir inédito de sus obras, ya que influyeron en las diferentes prohibiciones que recayeron sobre ellas a la hora de intentar publicarlas. Al mismo tiempo, también podrían enmarcarse en la polémica de los memorialistas y en las tensiones que existían entre las autoridades de la Compañía en Roma y los jesuitas españoles, o entre dicha orden y el Tribunal del Santo Oficio.

En el tercer capítulo se aborda la disciplina en la que Higuera alcanzó el grado de desarrollo más elevado, superior al de muchos de sus contemporáneos: la Historia. Más precisamente, se presta especial atención a su labor en tanto historiador local de la ciudad de Toledo y a los intereses políticos que rodean a la gran mayoría de sus trabajos. Mi intención es demostrar que, en sus objetivos, su forma, su estilo y hasta en sus peores «defectos», la obra del jesuita no difiere radicalmente de otros libros de su tiempo, e incluso, por momentos, pareciera ser más rica en detalles o más crítica, al contrario de lo que podría esperarse a la luz de su mala reputación.

En el cuarto capítulo me ocupo de un campo de igual importancia en la vida de este autor: el estudio de las antigüedades, puesto que fue precisamente la aparición de unas ruinas junto a la catedral de Toledo la que, junto con las supercherías mencionadas, daría origen a su reputación como falsario. Cabe señalar que detrás de las falsificaciones documentales y materiales aquí estudiadas subyacen nuevamente objetivos personales y colectivos bastante precisos, que reaparecen en gran parte

de su obra: destacar la importancia de los mozárabes, de los cuales se afirmaba descendiente, para la historia sagrada de Toledo, y la preeminencia de esta ciudad dentro de la cristiandad hispánica, con el objetivo de defender su milenaria primacía religiosa y política.

Por esta última labor, ligada a la invención de supuestos documentos antiguos, me intereso en el capítulo quinto, centrado en los célebres «falsos cronicones» presentados en el primer párrafo de este prólogo. Si bien la difusión de estos textos ha sido un hecho capital para la pésima reputación que se ganaría su autor con el correr de los siglos, decidí no darle a esta cuestión más relevancia que a las anteriores por dos razones elementales. En primer término, porque creo que Jerónimo Román de la Higuera fue más que un mentiroso y que estas falsificaciones, si bien tuvieron una enorme trascendencia, se inscriben dentro de una producción intelectual mucho más vasta que las engloba y al mismo tiempo las excede (la «otra cara» del falsario). En segundo término, porque se trata del aspecto de su vida más estudiado por la crítica, y en el que por ende reconozco mi mayor deuda hacia los valiosísimos trabajos desarrollados en el pasado, principalmente los estudios de Nicolás Antonio, José Godoy Alcántara, Julio Caro Baroja y Katrina B. Olds, que cito continuamente en las páginas que siguen. Todos ellos sobrepasan en precisión y profundidad mi análisis de dicha materia.

Finalmente, el sexto y último capítulo está dedicado a la labor literaria del jesuita, como también a sus posibles y efectivos contactos con los principales escritores de su tiempo, siguiendo la senda abierta por los trabajos fundamentales de mi director de tesis doctoral, Abraham Madroñal, a quien no dejo de agradecerle por haberme puesto tras los pasos de este polifacético y fascinante personaje toledano.

Este libro es el resultado de dicha tesis, y como tal no hubiera visto la luz sin el apoyo de todos aquellos profesores, colegas, familiares y amigos que, con su ayuda, sus consejos y su motivación me permitieron llevarla a cabo. Quisiera simplemente volver a agradecer al Departamento de Lenguas y Literaturas Románicas de la Universidad de Ginebra y a la Fundación Schmidheiny por haber hecho posible su desarrollo y su publicación.